

CIELOS DEL SUR.

Luis Durand es francés de origen y el carácter galo es, entre los sellos que dominan una personalidad, el más indeleble de todos. El francés es tenaz y escrupulosamente ordenado, dentro de un aparente desorden, y posee un sentido atento del buen gusto y de la gracia. Algunas personas sostienen que el carácter íntimo del francés es sórdido: «Miró el dinero como sólo lo hace un francés», escribe Erich María Remarque en su último libro «Arco de Triunfo» que comentamos en estas mismas páginas. Pero dichas características comunes a todos los hombres y razas, están dominadas en el caso de Francia, por una tónica general de finura y sensibilidad que hace de este país la zona típica, a través de los años, de las más logradas y nobles expresiones artísticas. Así se comprende por qué Luis Durand siendo un francés originario, ha descrito incansablemente los hombres y los campos chilenos como el mejor de los criollos y sin la volubilidad que caracteriza a estos últimos. Con su técnica ha logrado captar el ser humano de nuestros campos que cuando se le observa liar su cigarrillo junto a una pirca, parece que está huérfano de las sutilezas de la razón, sumido en el mundo gregario de sus puros instintos. Allí están «Tierra de Pellines», «Afuerinos», «Vino Tinto», «Mi amigo Pidén» y tantos otros libros para sostener nuestra afirmación. Son pequeñas obras maestras donde rige primero el hombre y después el paisaje fecundo que lo rodea descrito con minuciosidad maravillosa, incansable.

En estos «Cielos del Sur», recién editados por Ziz-Zag, surgen todas las características que hemos señalado y se jerarquizan con donosura rigurosa y propia. A través de sus páginas se siente el aire sureño, la humedad misteriosa de la selva, las colinas que enmarcan un cielo tenso, de improviso encantadoramente diáfano y, en medio de todo, el hombre movido por sus conflictos bárbaros. Luis Durand no es un estadístico, ni un frío notario que se haya propuesto levantar el acta del campo y de las

pequeñas ciudades chilenas. Es un artista de gran sensibilidad que se ha entregado sin reticencias a interpretar, en forma literaria, su patria y sus hombres. Su vida de escritor se inició mientras administraba fundos sureños, pues entonces amenizaba las veladas campesinas contando historias reales y, a la vez, fantásticas entre corridas de mate y humo de azúcar quemada. Después, en nuestro ambiente refinado y urbano, Luis Durand no ha hecho otra cosa que llevar hasta el libro el universo inagotable de sus ficciones, animoso por mostrar al chileno asfixiado en la vasta urbe, un jirón campestre de preciso color y sugerente atmósfera. Y ha triunfado...

LOS HUÉSPEDES ILUMINADOS.

En una edición esmerada, pulcra, de páginas muy blancas, Joaquín Martínez Arenas presenta su primer libro de poesía. No se trata, empero, de la obra de un aprendiz todavía inseguro y titubeante. Joaquín Martínez Arenas obtuvo la flor de unos Juegos Florales hace diez años y ya en esa época, vivía absorto modulando y rumiando sus interminables trabajos que iban del cantarino y adolescente poema de amor a la gran poesía—de versos enormes—sobre asuntos sociales: la guerra de España, el antifascismo, etc. Quizá si esta última derivación de su vena determinó el hecho de que el poeta se dedicara, a través de un par de lustros, a la política. Y que de ella cosechara lo que casi siempre obtienen los escritores en esas lides: hastío, desilusión, fatiga y certidumbre de haber perdido el tiempo, aunque los filósofos árabes sostengan que nada de lo bueno o malo ejecutado por el hombre es perdido. Resultante de todo este proceso anímico nos parece este libro, recién publicado, que el autor intituló «Los huéspedes iluminados».

El dominio formal obtenido por el poeta, con sudor y sangre, en sus primeros ajetreos líricos, y que luce de veras en sus actuales prosas (ensayos y críticas) se muestra en las estrofas del